

# Pensar las redes: un problema situado

---

DULCE MARÍA SANTIAGO\*

Revista Cultura Económica

Año XXXV • N°93

Junio 2017: 116-128

**Resumen:** El artículo plantea cómo la cultura digital, originada recientemente por las redes, configura un tipo humano peculiar y unos valores que los sujetos interconectados promueven. Las nuevas formas identitarias se estudian en paralelo con el concepto tradicional de nación. Centrándose en Latinoamérica, la autora analiza la problemática de la vida en red en relación con el multiculturalismo, la desigualdad y la marginalidad características de la región. En dicho contexto, las emergentes culturas juveniles significan una estrategia de desencanto ante una crisis institucional de la actualidad.

**Palabras clave:** cultura digital; redes; cultura juvenil; multiculturalismo; Latinoamérica

## *Thinking about Networks: a Situated Problem*

**Abstract:** *The article proposes how the digital culture, recently originated by networks, configures a peculiar human type and some values that those interconnected subjects promote. The new identity forms are studied in parallel with the traditional concept of nation. Focusing on Latin America, the author analyzes the problematic network life in relation to multiculturalism, inequality and marginality, which characterize the region. In this context, emerging youth cultures mean a strategy of disenchantment facing the current institutional crisis.*

**Keywords:** *Digital Culture; Networks; Youth Culture; Multiculturalism; Latin America*

## I. El nuevo paradigma de la globalización

Cada época tiene su propio “modelo teórico” para tratar de entender la realidad en que vivimos. El sociólogo francés Alain Touraine ha

---

\* Universidad Católica Argentina – dulcemariasantiago@gmail.com

llamado al paradigma actual “*paradigma cultural*” porque “los problemas culturales han adquirido tal importancia que el pensamiento social debe organizarse en torno a ellos” (2006: 13). El factor cultural aparece, entonces, como central en el análisis de los fenómenos sociales, económicos y políticos debido a los cambios que caracterizan a las sociedades actuales, fundamentalmente el multiculturalismo, originado por la globalización.

En primer lugar, conviene precisar de qué hablamos cuando hablamos de cultura. Podríamos decir que con esta palabra clave estamos haciendo referencia a todo lo que constituye el mundo humano, aquello que resulta de la transformación que el hombre hace del mundo natural en un mundo cultural. Cada comunidad humana con su cosmovisión crea una cultura diferente según sus valoraciones. Así, lo cultural es el estilo propio de un grupo humano, su peculiar manera de pensar, sentir y vivir en el mundo que lo lleva a ser de un modo diferente. La cultura se origina, entonces, en la satisfacción de las necesidades humanas pero tiene por finalidad la realización de valores.

El paradigma de la Globalización, concebido como proyecto de la modernidad, ha dado por resultado una progresiva racionalización de todos los órdenes de la vida humana bajo el imperio de la dominación económica. El resultado de este fenómeno ha sido el fomento de una cultura del bienestar y del tener que, tal como explica el catedrático Manuel Fernández del Riesgo, “se identificó con un *ethos* individualista, competitivo, hedonista y consumista” (2003: 7), pero, por sobre todo, el efecto social fue “la ruptura del mundo económico-instrumental y el simbólico-cultural” (Fernández del Riesgo, 2003: 10) lo que ha determinado una crisis de identidad y de sentido de quienes no pueden acogerse a una tradición. Frente a ello se plantea la necesidad de encontrar una manera de recuperar nuestra identidad, como un modo de volver a ser nosotros mismos, sin replegarnos completamente en una actitud etnocéntrica que nos lleve a considerar que nuestra propia cultura es la única o la más adecuada

para leer e interpretar el mundo. Se vuelve necesario repensar un modo equilibrado de lo propio y lo ajeno, lo local y lo global.

En este sentido la propuesta intercultural aporta una valoración de cada cultura, preservando su identidad, pero abriéndose a la relación con otras, ya que todas nacen de la misma experiencia humana frente al mundo y todas, con sus consabidas variantes y diversidades formales, se reiteran en torno a unos ejes axiológicos comunes.

Desde la caída del muro de Berlín (1989) se ha acelerado el proceso de globalización, desencadenado por el desarrollo tecnológico, la comunicación y los movimientos migratorios de las últimas décadas. Esto plantea un conflicto con la identidad, pone en riesgo la diversidad cultural y origina como reacción una fuerte fragmentación, reduciendo a guetos a las comunidades que buscan preservar su identidad cultural<sup>1</sup>.

Si bien la globalización ofrece esta faz negativa, la llamada *globalización de los mercados*, cuyos motores son la ciencia, la técnica, la industria y la economía impulsadas por la ideología neoliberal; también podemos apreciar una faz positiva, si atendemos al progreso del diálogo interreligioso y a la internacionalización de los derechos humanos y de las minorías, como los de los pueblos indígenas. En esta segunda dimensión los verdaderos protagonistas no son los líderes políticos, como en la primera, sino que la sociedad civil es la verdadera protagonista de la vida pública, es decir, la gente común y corriente (Olivera, 2001).

En este mismo sentido, el expresidente de la república checa Vaclav Havel (2000), ha señalado el peligro de las administraciones centralizadas y la necesidad de una sociedad civil avanzada, a cargo de los ciudadanos, que configuren un entorno pluralista y evolucionado, que no pretenda eludir al Parlamento y a los partidos políticos, sino que generando una fuerza crítica, permitan una variedad de iniciativas para que triunfen las mejores y las más ingeniosas.

## II. Una nueva noción de “nación” y el surgimiento de las “ciudades”

El concepto de nación también ha variado.: Hoy no se considera a la nación desde la perspectiva del Estado, sino desde la perspectiva de las minorías y de las comunidades marginales que también deben ser reconocidas por la nación, como lo explicita el Director del Centro de Humanidades de la Universidad de Harvard, Homi K. Bhabha, en su trabajo *Nación y narración* (2010). La idea clásica de nación como una unidad histórica y cultural, basada en una misma tradición, ha sido desplazada por otra. Hoy las naciones son áreas mayoritariamente multiculturales, multiétnicas y multirreligiosas. Así se obtiene internacionalismo o globalización en cualquier región local. La trasmisión cultural no es solamente un problema de tradición, como solemos entenderla, sino también un problema de traducción: el modo en el que tenemos que entender los valores de los otros en la esfera pública.

Pero, además, en estos albores del siglo XXI estamos siendo testigos de un declive del Estado-Nación y de un renacimiento de las ciudades como protagonistas fundamentales de las distintas manifestaciones de la cultura. En efecto, el futuro de las naciones se está formando en las ciudades; ellas se han transformado en las grandes impulsoras de las novedades de la vida social en todas sus dimensiones. Si tenemos en cuenta que, según auguran los datos de las Naciones Unidas, para 2050 más del 75% de la población del mundo será urbana y que se está produciendo un auge de las megaciudades en todo el mundo, nos parece importante destacar que esta nueva era de vida urbana está modificando las condiciones de vida de sus habitantes: los ciudadanos. No sólo se trata de un cambio del paisaje urbano y de sus características sino de algo más profundo: la vida misma de los sujetos que la habitan. Parece contraponerse cada vez más la forma de vida de la ciudad a la del campo y la brecha entre ambos tipos humanos es ya casi irreductible.

Todos estos cambios cuya matriz está dada por el acelerado proceso de modernización –el gran motor del sistema– han sido

posibles gracias al desarrollo de la ciencia que generó el avance de la técnica. Ésta configuró nuestra época como la era tecnológica, y dio paso a la globalización. Sus consecuencias para el ser humano han sido, sin embargo, negativas: la exclusión y el desempleo se destacan como las huellas sociales del presente.

La ciudad, considerada como el símbolo de la cultura modernizada y del proceso de modernización, es hoy el vehículo que propaga aceleradamente la transformación cultural y que padece una gran crisis de los valores de la tradición. Por esto, habría que tener presente dos caracteres globales que suponen un desafío: por una parte, la ciudad modernizada presenta un gran despliegue de posibilidades y una riqueza de alternativas en cuanto suponen la concentración de diversas capacidades humanas como un magnífico caleidoscopio que caracteriza culturalmente a nuestras sociedades y que favorece la intensificación del viejo tópico del *carpe diem* en nuestro presente urbano. Por otra, la ciudad modernizada representa una amenaza para la existencia humana, tanto en sus peligros técnicos y ecológicos como en el riesgo humano de tanta concentración que lleva, por ejemplo, a la inseguridad.

Cabe preguntarse cómo hacer de la ciudad un horizonte intensamente humano en la que se pueda vivir plenamente la vida comunitaria. Todo lo “grande”, tanto en su sentido positivo como negativo, se realiza en su máxima expresión en las ciudades. Enfrentar el campo y la ciudad, representando la civilización y la barbarie, constituye una concepción equivocada de ambos. No se trata de opuestos sino de complementarios: el campo es para la ciudad el entorno vital, mientras que la ciudad es para el campo su gran aliada. Es verdad que el predominio excesivo de hombres de ciudad en nuestras megalópolis produce un dramático desequilibrio. Por eso, los movimientos de salvación de esta crisis promueven *un* retorno a la naturaleza.

### III. La situación de América Latina en la globalización

En este marco es necesario plantearse, por un lado, la necesidad de inserción de Latinoamérica en un mundo global y, por otro, la de conservar su identidad en un contexto regional, juntamente con la superación de su problemática fundamental: la cada vez mayor desigualdad social.

Provista de importantes recursos naturales, el desafío sigue siendo para esta región la cuestión socio-cultural: Es la sociedad la que administra esos recursos y la que decodifica la información del mundo del conocimiento. Necesitamos saber qué hacer con los recursos, tenemos que saber prever, se nos impone una reflexión sobre nuestro futuro. Nuestra raíz multiétnica y multicultural nos ha enseñado a “aceptar las diferencias” y a poder convivir, que no es poco.

Ya en los años ‘60 uno de los mayores intelectuales del mayo del ‘68, Herbert Marcuse, inspirado en el pensamiento de Marx y Freud, decía que el meridiano de la Revolución pasa por el Tercer Mundo. Los cambios que él propiciaba eran sociales y culturales: una sociedad que arraigada en la civilización tecnológica proyecta un cambio cualitativo en las relaciones humanas. Así, la finalidad de la Revolución se relaciona con el destino del hombre sobre la tierra.

Marcuse, discípulo de Heidegger, aborda la problemática social desde el problema de la técnica y considera que su producto es el hombre unidimensional, basado fundamentalmente en una racionalidad instrumental, y que carece del elemento negativo, crítico que le permita superarse. Por eso, su actitud es la del “conformismo”.

En su conocida obra *Eros y civilización* (1955), el autor neomarxista, considera que toda la civilización conocida está fundada en la represión de las pulsiones de vida –Eros. Dicha represión se traduce en una agresividad consciente, un predominio de los impulsos de muerte sobre los de vida. Es una agresividad que se ejerce sobre la naturaleza y sobre los individuos:

La brutalidad impregna los deportes, la diversión y el lenguaje. La agresión, consciente e inconscientemente invade la intimidad. La violencia es excesiva en la comercialización de la naturaleza, destruye los medios rurales y los transforma en otro camino de negocios. La destrucción de la paz, la quietud y la belleza de la naturaleza, la abolición de la intimidad, son aspectos esenciales de la sociedad tecnológica, y protestar contra los hechos no sólo es romanticismo sentimental ¡ojalá lo fuera! Sucede que [esas necesidades] (...) son vitales, y cuando se reprimen o suprimen, algo ocurre al individuo, que cambia su estructura mental (Marcuse, 1968: 69).

En su interpretación revisionista de Freud, Marcuse estima que la represión del Eros en la civilización industrial es perjudicial ya que éste no se reduce al puro placer sino a un impulso tendiente a la armonía y a la paz antes que al desenfreno. Su introducción propiciaría una cultura donde el trabajo, liberado del peso de la necesidad gracias a la tecnología, se identifique con el juego y sea la libre expresión del ser humano. La existencia se realizaría así bajo categorías estéticas en lugar de necesidades compulsivas, que posibilitaría una reconciliación con la naturaleza. La técnica dejaría, entonces, de ser el arma destinada a dominar la naturaleza y llevaría a la reconciliación del hombre con el mundo y consigo mismo.

Marcuse ostenta un fuerte componente anti-urbano:

No existe una sociedad libre sin silencio, sin el espacio mental y exterior de la sociedad, donde se puede desarrollar la libertad individual. Si no hay vida privada, ni autonomía, ni silencio, ni soledad en una sociedad socialista, pues entonces no es una sociedad socialista. Todavía no (Marcuse, 1968: 46).

Pero en pocas décadas el proceso de esta sociedad, dominada por la tecnología y cuyo modelo humano era el “bienestar”, ha cambiado el panorama. Hoy el desempleo y la exclusión, más aún la de los jóvenes, ha signado drásticamente la vida social. Los jóvenes, como categoría históricamente situada y socialmente construida, se configuran como actores sociales de un Tercer Mundo en el contexto de la globalización.

#### IV. Las culturas juveniles

Este es el marco referencial de un mundo de globalización y de exclusión en el que los jóvenes han nacido y hoy son quienes especialmente manifiestan su rechazo al sistema.

El sociólogo Manuel Castells, uno de los pensadores más importantes en materia de tecnologías y comunicación, analiza los movimientos sociales y sus reacciones frente a una situación de indignación:

Las luchas sociales de hoy son luchas por los derechos humanos. La palabra clave de todas estas luchas es dignidad. Se produce un efecto de indignación en defensa de la dignidad, una explosión espontánea de gente que se siente humillada constantemente por el sistema político (Castells, 2013: disponible en línea).

Castells juzga este fenómeno contra el cual reaccionan especialmente los jóvenes, los herederos de este mundo, como un “proceso de desocialización” por la disolución de esas grandes concentraciones de trabajo y la formación de redes de trabajo donde las relaciones laborales están cada vez más individualizadas. Pero, –continúa Castells– aunque “el poder está en las redes (...) el espacio público urbano es fundamental” (2013: disponible en línea) porque es donde estos movimientos sociales se articulan de forma visible en la sociedad.

La mexicana Rossana Reguillo lleva a cabo un análisis crítico de las culturas juveniles como estrategias del desencanto. Los diversos instrumentos de comunicación que los jóvenes utilizan actualmente, tales como *graffitis*, ritmos tribales, *body painting* y demás consumos culturales son analizados por la autora como “formas de actuación política no institucionalizada que *escapan a las formas tradicionales de concebir el ejercicio político*” (Reguillo, 2000: 131).

Destaca, asimismo, las características comunes de estas culturas juveniles: “poseen una conciencia planetaria, globalizada que

puede considerarse como una vocación internacionalista. Nada de lo que pasa en el mundo les es ajeno” (Reguillo, 2000: 142). También interpreta la dedicación de los jóvenes a la música techno como “el rescate de cierto sentido místico-mágico de la vida que genera el ritual o el trance. Todo eso de la percusión y de llegar al éxtasis por medio de la hipnosis que genera la música, todo eso es un sentimiento global” (Reguillo, 2000: 132).

Según la autora, los jóvenes poseen ciertos valores comunes:

- a. respeto al individuo y su visión del mundo, como principio más importante
- b. empatía por la gente que participa de la *rave*
- c. conciencia del mundo
- d. presencia de la tecnología
- e. música y baile como rituales de trascendencia
- f. conciencia ecológica

Su tesis es que la anarquía –manifestada en sus costumbres ciudadanas– deben ser leídas como formas de actuación política no institucionalizada.

Para Néstor García Canclini, por su parte los jóvenes están respondiendo al repliegue de los mercados de trabajo y las oportunidades de acceso inventando nuevos modos de agruparse y comunicarse en red (Canclini y Urteaga, 2011). Muchos de ellos no parecen encuadrarse en la calificación de apáticos, pasivos o simples indignados.

El planteo fundamental del autor en torno a este tema es si las motivaciones utópicas de los jóvenes no encubren la precariedad del autoempleo y se cuestiona también a qué sociedad llevan estos modos de combinar el capitalismo conectivo y la incertidumbre. Podemos concluir que existen tres caracteres que manifiestan hoy los jóvenes: el *malestar* en la cultura –indignación–; una estrategia de resistencia, y un contenido político.

Hay tener en cuenta que en América Latina los jóvenes constituyen el 30% de la población y que constituyen la “fuerza disponible”, especialmente en los sectores más vulnerables, donde son objeto de explotación por la posibilidad que ofrecen a la optimización de las capacidades del cuerpo. En los sectores más favorecidos, en los que el acceso a la educación formal está garantizado, los jóvenes también son los preferidos por el mercado laboral que usufructúa al máximo su potencial, incluso exigiendo a veces la postergación de sus otras dimensiones personales. Aprovechan que los jóvenes priorizan el mundo laboral por su formación intelectual, con ofrecimientos tentadores pero de corto plazo, que los llevan a vivir el presente y postergar la culminación de sus proyectos vitales y compromisos que no les conviene asumir. Si bien pensar acerca de los jóvenes no puede agotarse en la univocidad de una interpretación, podemos intuir que no sólo se da en este fenómeno un proceso de desocialización –como decía Castells– sino también de deshumanización y despersonalización.

La problemática social signada por la violencia, la drogadicción, la trata de personas, tiene como sujetos a los jóvenes en todos los niveles de sociedad, ya que resultan el sector más vulnerable. Es lo que Bauman denomina la “inadecuación del yo”, la factura del quiebre societal que enfrentamos, el del estado y el mercado (Bauman, 2001: 16).

Si consideramos fundamental, como sostiene Eduardo García, que:

a la Universidad le corresponde ser mediadora de la cultura con los adolescentes y los adultos, conciencia crítica de la sociedad y propiciadora de las profesiones y las disciplinas; es decir, que la universidad tiene una responsabilidad especial con la cultura y con la formación de los jóvenes, que va más allá de la trasmisión y generación de conocimiento (García, 2008: disponible en línea)

entonces debe asumir la cultura como reflejo de los cambios sociales, pero también promover una globalización “alternativa” a la cultura dominante con valores éticos del humanismo que no sea eurocéntrico, sino abierto a nuestra cultura latinoamericana para que se despegue

del perjuicio de una cultura hegemónica. En este sentido, una universidad que pretenda educar en un humanismo deberá tener en cuenta, en primer lugar, que su finalidad no sólo consiste en una capacitación profesional sino, fundamentalmente, en la realización humana o el “florecimiento humano interior” –como lo denomina Amartya Sen– que lleva a la plenitud que algunos pretenden identificar con la “calidad de vida” de una comunidad.

Pero en una cultura como la actual, que privilegia los valores materiales a la realización interior del hombre, esta tarea se dificulta porque prevalece lo individual hasta el punto de cercenar la convivencia y el ejercicio de la ciudadanía, que es el verdadero capital social. Es necesario un planteo a fondo acerca de las herramientas conceptuales que la institución universitaria está brindando para la interpretación de la realidad de modo que configure una concepción mundo válida para la época. Podemos plantearnos para qué los jóvenes deben educarse y para qué capacitarse si la sociedad no puede darles una respuesta esperanzadora con proyectos y programas en un mundo de cambios tan acelerados y con un futuro incierto. Sin embargo, precisamente por eso, por lo incierto y lo efímero que resulta el horizonte para los jóvenes, la única seguridad está en lo que no se pierde: la educación, es en este sentido, un valor inamovible ya que nadie les puede quitar lo que son y el futuro no los sorprenderá con las manos vacías. Lo que les puede aportar la formación universitaria es más allá de una capacitación profesional, un sentido existencial que difícilmente encuentran en la vida social.

En este contexto, el mundo digital que ha penetrado en todas las relaciones humanas y en la misma educación, ha introducido un profundo cambio en el pensamiento dando lugar a un nuevo paradigma: *el pensamiento en red*.

Es un modelo transdisciplinario que integra avances recientes de la psicología, las neurociencias, la sociología, la teoría de las redes complejas y las nuevas teorías de la comunicación. Este modelo, a la vez que explica cómo opera el pensamiento creativo, permite un entrenamiento que modifica las estructuras mentales procesadoras de las ideas (Abadi, 2007: 17).

Para un mundo en constante transformación, resulta una manera adecuada de pensar que implica la superación del modelo del pensamiento lógico lineal, propio del pensamiento científico donde la relación causa-efecto es la explicación fundamental de los hechos y de la realidad en su conjunto. El pensamiento en red, en cambio, propone un pensamiento creativo, de carácter artístico, una combinación de razón e intuición como dos formas complementarias y no opuestas de comprender la realidad. Hasta el presente el mundo académico, la educación en general, se basó en el modelo lineal de pensamiento y actualmente necesita un modelo integrador que permite interpretar más comprensivamente las situaciones nuevas y ampliar nuestra percepción de un mundo cada vez más complejo como es el de las redes. Esta forma de mirar el universo y sus relaciones puede contribuir de manera más significativa a que la educación pueda alcanzar su finalidad de posibilitar a las personas el descubrimiento del sentido de sus vidas aún en una cultura que ofrece serias dificultades para ello.

La cuestión de fondo se plantea la necesidad de pensar frente a la pérdida de la institucionalización y de la sociabilidad, especialmente en los jóvenes, si este nuevo modelo puede ofrecer una visión de la totalidad que permita tanto revitalizar las instituciones –o reemplazarlas– como construir ciudadanía para poder lograr una vida en común justa y solidaria. Es, sin duda, un planteo académico y teórico pero que tiene una finalidad en la vida práctica. No es una cuestión menor para la educación el poder esclarecer la forma de vida comunitaria que mejor se adecue a este nuevo mundo en red.

## **Referencias bibliográficas**

- Abadi, Sonia (2007). *Pensamiento en Red. Una nueva disciplina para crear, realizar y vivir*. Ensayo, Buenos Aires.
- Bauman, Zygmunt (2001). *La sociedad individualizada*. Cátedra, Madrid.

- Bhabha, Homi K. (2010). *Nación y narración*. Ed. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Castells, Manuel (2013). “La sociabilidad real se da hoy en Internet”, en Revista *Ñ*, Clarín.
- Fernández del Riesgo (2003). “Globalización, interculturalidad, religión y democracia”, en *Ilu, Revista de Ciencias de las Religiones*. Vol. 8.
- García, Eduardo (2008). “Aproximaciones teóricas a las culturas juveniles contemporáneas”, en revista *Carta de Ausjal* N°26.
- Havel, Vaclav (2000). “Los nuevos enemigos de la sociedad civil” en Diario *La Nación*, 5 de mayo de 2000.
- Marcuse, Herbert (1968). “Libertad y agresión en la sociedad tecnológica”, en Fromm y otros. *La sociedad industrial contemporánea*. Siglo XXI, México.
- Marcuse, Herbert (1968). “Reportaje a Marcuse”, en Revista *Primera Plana*, N° 302, 8 de octubre.
- Olivera, Enrique (2001). “Las dos globalizaciones”, en Diario *La Nación*, 2 de julio de 2001.
- Reguillo, Rossana (2000). *Emergencia de las culturas juveniles: Estrategias del desencanto*. Editorial Norma, México.
- Touraine, Alain (1994). *Crítica de la Modernidad*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Touraine, Alain (2006). *Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy*. Paidós, Buenos Aires.

---

<sup>1</sup> Touraine afirma al respecto: “Cuando la sociedad se asemeja cada vez más a un mercado donde los objetos ideológicos y hasta políticos parecen haber desaparecido, sólo perdura la lucha por el dinero y la búsqueda de la identidad; los problemas sociales quedan reemplazados por problemas no sociales, los del individuo y los del planeta que desbordan el campo social y político por arriba y por abajo y lo vacían de casi todo contenido. Se trata de una sociedad que no busca ser pensada, sino que desconfía de las grandes ideas y de los grandes discursos que perturban su pragmatismo o sus sueños” (1994: 181).